

JUNTO A LA CAMA DE BENAVENTE

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Alguno dijo en el café: "¡Ha muerto Benavente en este momento!" Y sin saber cómo ni por dónde habíamos ido nos vimos a los pocos momentos en la casa de don Jacinto.

Los periodistas tomaban el pasillo y los fotógrafos andaban también de un lado para otro. Felipe Sassone, Fernández Ardavin, Serrano Anguita. Un saludo rápido. Como hemos subido las escaleras de dos en dos por no perder un minuto en esperar el ascensor, llegamos echando los pulmones.

Preguntamos a un joven Hurtado por el sitio en el que han puesto a don Jacinto. Nos señala la puerta. Sin titubeos abrimos, y pasamos a un gabinete que tiene un armario grande con dos lunas y varias butacas llenas de libros. En el cuarto contiguo hay gente rezando. Y en una cama sencilla de madera clara, don Jacinto, con las manos enlazadas, sacando su barbita blanca por encima del pañuelo que tiene anudado a la cabeza. Está con la cara más menuda que de ordinario, un poco más pálido, como si se hubiese quedado dormido. Sobre la mesilla de noche está colocada en un marquito una Virgen del Perpetuo Socorro, un calendario automático, una vela metida en una palmatoria, un cenicero blanco y una jarra grande de metal.

Mientras estamos de rodillas, pidiéndole perdón por nuestras picardías periodísticas de otro tiempo, por nuestras trastadas de juventud, oímos hablar fuera: "Que sí, que sí, que se suspendan hoy los espectáculos tarde y noche." Y las señoras que están junto a la cama: "Santa María, Madre de Dios..." "Que se le dará tierra en el cementerio de Galapagar."

En un rincón está la mesita portátil en la que leía don Jacinto, y en la que debía de escribir también estando en cama. La mesa es de madera oscura y está abarrotada de libros y papeles. Desde nuestro sitio podemos ver cuatro tomos amarillos con letras doradas. Lee- mos perfectamente: "Molière".

"Se le llevará a la Sociedad de Autores." Entra una señora, que se arrodilla junto a nosotros. Ha dejado la puerta entreabierta. La colmena de informadores está en el pasillo. "Estaba levantado, como todos los días, leyendo la Prensa en una butaca." "¿Ya han abierto el testamento?" "Se murió en una butaca, y lo notaron por la inclinación de cabeza." "¿Dónde está Hurtado?"

Y nosotros, allí, de rodillas, sin poderlos mover, temblando como nunca pudimos imaginar que pudiésemos temblar.

Salimos por fin del cuarto. Salimos sonámbulos. Una extraña gente ocupa los pasillos, haciéndonos atravesarlo de perfil. Llegamos al saloncito de la bi-

blioteca, donde él nos recibió la última vez que le vimos. No había nadie. Entramos en él y nos sentamos. Junto a nosotros está el cenicero del ujier enlutado, del ujier de las patillas que tiene el cenicero en la mano. Aquella tarde recuerdo que lo colocó don Jacinto entre los dos mientras hablábamos y que los dos echábamos las cenizas en él. A mí me parecía que el cenicero del ujier enlutado nos miraba con unos ojos grandes pintados en la hojalata y que se sonreía de las agudezas de don Jacinto.

"El entierro pasará por el teatro de la Princesa." "¿Ya se ha dado la noticia a la radio?"

González-Ruano entra en el saloncito en que estamos sentados. Viene con una cara pálida y alargada, con los bigotes crispados, demoníacos.

"¿Dónde está Hurtado?"

Nosotros no sabemos dónde está Hurtado. Nosotros no sabemos dónde está nada, porque apenas sabemos dónde estamos nosotros.

Llega mucha gente, y nosotros salimos sin saber apenas por dónde, fatigados, como si entráramos de pie en este día aciago.

Y en la plaza de Santa Ana, unas mujeres se asoman al balcón del teatro Español y empiezan a colgar unos crespones negros.